



UNIVERSITÄTS-
BIBLIOTHEK
PADERBORN

Universitätsbibliothek Paderborn

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha

Cervantes Saavedra, Miguel de

Madrid, 1850

Capítulo LXXIII. De los agüeros que tuvo don Quijote al entrar de su aldea, con otros sucesos que adornan y acreditan esta grande historia.

[urn:nbn:de:hbz:466:1-48459](https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:hbz:466:1-48459)



CAPITULO LXXIII.

De los agüeros que tuvo don Quijote al entrar de su aldea, con otros sucesos que adornan y acreditan esta grande historia.



A LA entrada del cual (1), segun dice Cide Hamete, vió don Quijote que en la eras del lugar estaban riñendo dos mochachos, y el uno dijo al otro: no te canses, Periquillo, que no la has de ver en todos los dias de tu vida. Oyólo don Quijote, y dijo á Sancho: ¿no adviertes, amigo, lo que aquel mochacho ha dicho, no la has de ver en todos los dias de tu vida? Pues bien, ¿qué importa, respondió Sancho, que haya dicho eso el mochacho? ¿Qué? replicó don Quijote, ¿no ves tú que aplicando aquella palabra á mi

intencion, quiere significar que no tengo de ver mas á Dulcinea? Queriale responder Sancho, cuando se lo estorbó ver que por aquella campaña venia huyendo una liebre, seguida de muchos galgos y cazadores, la cual temerosa se vino á recoger y á agazapar debajo de los pies del rucio. Cogióla Sancho á mano salva, y presentósele á don Quijote, el cual estaba diciendo: *malum signum, malum signum*: liebre huye, galgos la siguen, Dulcinea no parece. Estraño es vuesa merced, dijo Sancho: presupongamos que esta liebre es Dulcinea del Toboso, y estos galgos que la persiguen son los malandrines encantadores que la trasformaron en la labradora: ella huye, yo la cojo y la pongo en poder de vuesa merced, que la tiene en sus brazos y la regala: ¿qué mala señal es esta, ni que mal agüero se puede tomar de aquí? Los dos mochachos de la pendencia se llegaron á ver la liebre, y al uno dellos preguntó Sancho, que por qué reñian. Y fuéle respondido por el que habia dicho no la verás mas en toda tu vida, que él habia tomado al otro mochacho una jaula de grillos, la cual no pensaba volvérsela en toda su vida. Sacó Sancho cuatro cuartos de la faltriquera, y dióselos al mochacho por la jaula, y púosela en las manos á don Quijote diciendo: he aquí, señor, rompidos y desbaratados estos agüeros, que no tienen que ver mas con nuestros sucesos, segun que yo imagino, aunque tonto, que con las nubes de antaño; y si no me acuerdo mal, he oido decir al cura de nuestro pueblo, que no es de personas cristianas ni discretas mirar en estas niñerías; y aun vuesa merced mismo me lo dijo los dias pasados, dándome á entender que eran

(1) Este relativo se refiere á la palabra *pueblo*, con que finalizó el capítulo antecedente, salvando el epigrafe del siguiente.—P.

tantos todos aquellos cristianos que miraban en agüeros; y no es menester hacer hincapie (1) en esto, sino pasemos adelante y entremos en nuestra aldea.

Llegaron los cazadores, pidieron su liebre, y dióselo don Quijote: pasaron adelante, y á la entrada del pueblo toparon en un pradecillo rezando al cura y al bachiller Carrasco. Y es de saber que Sancho Panza habia echado sobre el rucio y sobre el lio de las armas, para que sirviese de repostero, la túnica de bocacá pintada de llamas de fuego, que le vistieron en el castillo del duque la noche que volvió en sí Altisidora. Acomodóle tambien la corozca en la cabeza, que fue la mas nueva trasformacion y adorno con que se vió jamas jumento en el mundo. Fueron luego conocidos los dos del cura y del bachiller, que se vinieron á ellos con los brazos abiertos. Apeóse don Quijote y abrazólos estrechamente; y los moachos, que son linceos no excusados, divisaron la corozca del jumento, y acudieron á verle, y decian unos á otros: venid, moachos, y vereis el asno de Sancho Panza mas galan que Mingo (2), y la bestia de don Quijote mas flaca hoy que el primer dia.

Finalmente, rodeados de moachos, y acompañados del cura y del bachiller, entraron en el pueblo, y se fueron á casa de don Quijote, y hallaron á la puerta della



al ama y á su sobrina, á quien ya habian llegado las nuevas de su venida. Ni mas ni menos se las habian dado á Teresa Panza, mujer de Sancho, la cual desgñada y medio desnuda, trayendo de la mano á Sanchica su hija, acudió á ver á su marido, y viéndole no tan bien adelinado como ella se pensaba que habia de estar un gobernador, le dijo: ¿como venis así, marido mio, que me parece que venis á pie y despeado, y mas traeis semejanza de desgovernado que de gobernador?

Calla, Teresa, respondió Sancho, que muchas veces donde hay estacas no hay

tocinos, y vámonos á nuestra casa, que allá oirás maravillas. Dineros traigo, que es lo que importa, ganados por mi industria y sin daño de nadie. Traed vos dineros, mi buen marido, dijo Teresa, y sean ganados por aquí ó por allí, que como quiera

(1) Insistir con teson y mantenerse firme en la propia opinion ó en la solicitud de alguna cosa.

(2) El zagal de las coplas antiguas, intituladas de *Mingo Revulgo*, á que se hace aqui alusion, especialmente el siguiente pasaje en que empieza:

¡ Ah Mingo Revulgo, oh hao!

¿ Qué es de tu sayo de blao?

¿ No le vistes en Domingo?—Arr.—Véase la nota 4 de la pág. 374.

que los hayais ganado no habreis hecho usanza nueva en el mundo. Abrazó Sanchica á su padre, y preguntóle si traia algo, que le estaba esperando como el agua de mayo; y asiéndole de un lado del cinto, y su mujer de la mano, tirando su hija al rucio, se fueron á su casa, dejando á don Quijote en la suya en poder de su sobrina y de su ama, y en compañía del cura y del bachiller.

Don Quijote, sin aguardar términos ni horas, en aquel mismo punto se apartó á solas con el bachiller y el cura, y en breves razones les contó su vencimiento, y la obligacion en que había quedado de no salir de su aldea en un año, la cual pensaba guardar al pie de la letra, sin traspasarla en un átomo, bien así como caballero andante, obligado por la puntualidad y orden de la andante caballeria; y que tenia pensado de hacerse aquel año pastor, y entretenerse en la soledad de los campos, donde á rienda suelta podía dar vado á sus amorosos pensamientos, ejercitándose en el pastoral y virtuoso ejercicio; y que les suplicaba, si no tenian mucho que hacer, y no estaban impedidos en negocios mas importantes, quisiesen ser sus compañeros, que él compraría ovejas y ganado suficiente, que les diese nombre de pastores: y que les hacia saber que lo mas principal de aquel negocio estaba hecho, porque les tenia puestos los nombres que les vendrian como de molde. Dijo el cura que los dijese. Respondió don Quijote que él se habia de llamar el pastor Quijotiz, y el bachiller el pastor Carrascon, y el cura el pastor Curiambro, y Sancho Panza el pastor Pancino.

Pasmáronse todos de ver la nueva locura de don Quijote; pero porque no se les fuese otra vez del pueblo á sus caballerias, esperando que en aquel año podría ser curado, concedieron con su buena intencion, y aprobaron por discreta su locura, ofreciéndosele por compañeros en su ejercicio: y mas, dijo Sanson Carrasco, que como ya todo el mundo sabe, yo soy celebrísimo poeta, y á cada paso compondré versos pastoriles, ó cortesanos, ó como mas me viniere á cuento, para que nos entretengamos por esos andurriales donde habemos de andar: y lo que mas es menester, señores míos, es que cada uno escoja el nombre de la pastora que piensa celebrar en sus versos, y que no dejemos árbol por duro que sea donde no la rotule y grave su nombre, como es uso y costumbre de los enamorados pastores.

Eso está de molde, respondió don Quijote, puesto que yo estoy libre de buscar nombre de pastora fingida, pues está ahí la sin par Dulcinea del Toboso, gloria de estas riberas, adorno de estos prados, sustento de la hermosura, nata de los donaires, y finalmente sugeto sobre quien puede asentar bien toda alabanza, por hipérbole que sea. Así es verdad, dijo el cura; pero nosotros buscaremos por ahí pastoras mañerue-las, que si no nos cuadraren, nos esquinen. A lo que añadió Sanson Carrasco, y cuando faltaren, darémosles los nombres de las estampadas é impresas, de quien está lleno el mundo, Filidas, Amarilis, Dianas, Fléridas, Galateas y Belisardas, que pues las venden en las plazas, bien las podemos comprar nosotros, y tenerlas por nuestras. Si mi dama, ó por mejor decir mi pastora, por ventura se llamare Ana, la celebraré debajo del nombre de Anarda, y si Francisca, la llamaré yo Francenia, y si Lucía, Lucinda, que todo se sale allá; y Sancho Panza, si es que ha de entrar en esta cofradia, podrá celebrar á su mujer Teresa Panza con nombre de Teresaina. Rióse don Quijote de la aplicacion del hombre, y el cura le alabó infinito su honesta y honrada resolucion, y se ofreció de nuevo á hacerle compañía todo el tiempo que le vacase de atender á sus forzosas obligaciones. Con esto se despidieron dél, y le rogaron y aconsejaron tuviese cuenta con su salud, y con regalarse lo que fuese bueno.

Quiso la suerte que su sobrina y al ama oyeron la plática de los tres; y así como se fueron, se entraron entrambas con don Quijote, y la sobrina le dijo: ¿qué es esto, señor tio? ahora que pensábamos nosotras que vuesa merced volvía á reducirse en su casa, y pasar en ella una vida quieta y honrada, se quiere meter en nuevos labe-

rintos, haciéndose pastorcillo, tú que vienes, pastorcico, tú que vas: pues en verdad que está ya duro el alcacer para zampona (1). A lo que añadió el ama: ¿y podrá vuesa merced pasar en el campo las siestas del verano, los serenos del invierno y el aullido de los lobos? No por cierto, que este es ejercicio y oficio de hombres robustos, curtidos y criados para tal ministerio casi desde las fajas y mantillas: aun mal por mal, mejor es ser caballero andante que pastor. Mire, señor, tome mi consejo, que no se le doy sobre estar harta de pan y vino, sino en ayunas, y sobre cincuenta años que tengo de edad: estése en su casa, atienda á su hacienda, confiese á menudo, favorezca á los pobres, y sobre mi ánima si mal le fuere. Callad, hijas, les respondió don Quijote, que yo sé bien lo que me cumple: llevadme al lecho, que me parece que no estoy muy bueno; y tened por cierto que, ahora sea caballero andante, ó pastor por andar, no dejaré siempre de acudir á lo que hubiéredes menester, como lo vereis por la obra: y las buenas hijas (que lo eran sin duda) ama y sobrina, le llevaron á la cama, donde le dieron de comer y regalaron lo posible.

(1) *Refran* usado para denotar que es ya tarde para hacer una cosa; con alusión al alcacer, que es la cebada verde y tierna, de cuyas cañas hacen los muchachos zamponas ó pipiritañas, pero que si se endurecen no les pueden servir para este uso.—Arr.

